

XIII.

Los cabochianos atacan el hotel de Nesle.—El hotel de Nesle es tomado por asalto, y entregado á saqueo.—Rasgos de valor y de ferocidad.—Los carniceros penetran en la torre de la orilla del agua.—Terror de Blanca.—Caboche salva á Blanca.

Blanca habia permanecido en la plataforma esperando con ansiedad la vuelta del heraldo.

Pero éste, perseguido por el pueblo que le tiraba de pedradas, habia ganado la orilla derecha, y salió apresuradamente de Paris para ir á reunirse con el duque de Berry, quien le esperaba en Saint-Cloud.

Pronto vió la jóven á lo léjos aquella multitud armada que se adelantaba á la izquierda del Sena, lanzando grandes gritos, y se llenó de espanto, porque en medio de esos gritos habia podido distinguir los de:

—Muera el armagnac! Sus! Al hotel de Nesle!

Al mismo tiempo habia un gran movimiento en el hotel.

Las gentes del duque se preparaban á hacer una vigorosa resistencia, porque sabian que no debian esperar cuartel de esas bandas crueles, cuya ferocidad se habia hecho proverbial.

Hábiles arqueros fueron colocados en las torres y en todas las ventanas que daban á la ciudad; hízose provision de agua, para el caso de que los asaltantes lograran incendiar alguna parte de los edificios, y se consolidaron las puertas apuntalándolas por dentro con enormes vigas herradas.

Blanca se refugió apresuradamente en el aposento ménos accesible de la torre donde, temblorosa y rodeada de sus doncellas, cayó de rodillas y se puso á orar.

Los carniceros avanzaban siempre, y pronto estuvieron al alcance de la voz. Pero, sabiendo que no habia parlamento con tales adversarios, las gentes del duque les enviaron, por vía de aviso, una granizada de flechas que mataron una decena de hombres de las mismas filas.

Inmediatamente respondieron los carniceros que iban armados de arcabuces, y que marchaban detras de Caboche.

Esas primeras hostilidades no detuvieron la marcha de los carniceros, quienes pronto llegaron cerca de la puerta principal.

—Adelante los Goys!—gritó una voz formidable.

Casi en el instante los tres hermanos de ese nombre, armados de masas de fierro que servian para matar los bueyes, se lanzaron sobre la puerta acompañados de muchos de sus cofrades armados como ellos, y todos comenzaron á descargar redoblados golpes sobre aquella puerta.

Los golpes resonaban á lo léjos.

Las paredes se estremecian.

Pero al mismo tiempo, de todas las ventanas salian proyectiles que disminuian el número de los asaltantes, de los que la mayor parte no podia responder sino lanzando piedras; y la puerta, sólidamente apuntalada, resistia á la violencia de los golpes.

Entónces Caboche colocó en su cinturon su cuchillo, cogió una hacha que llevaba un hombre que estaba á su lado, y lanzándose sobre la puerta, le hizo del primer golpe una ancha abertura.

—Llor á los cárnicos! El hotel es nuestro!—esclamó continuando sus golpes.

Pronto estuvo la abertura bastante ancha para que un hombre pudiese pasar por ella.

Uno de los mas atrevidos lo intentó; pero su cuerpo se quedó atorado, miéntras que su cabeza rodaba en el interior; porque unos hombres, armados con espadas de anchas hojas, se habian colocado interiormente de cada lado de la puerta, con las armas levantadas y prontas á herir al primero que se presentara.

Viendo aquel cuerpo inmóvil, Caboche le atrajo hácia él.

Al mismo tiempo, una flecha que partió del interior, pasó por la ya libre abertura, é hirió en el hombro al terrible capitan, quien lanzó un horrible rugido; arrancó la flecha desgarrándose las carnes, y volvió á dar de hachazos.

Tres veces se intentó el paso sin éxito, y los carniceros, diezmados por los arqueros del duque, comenzaban á retirarse, cuando exclamó uno de los gefes de la gran carnicería del Châtelet:

—Paja! Paja! y quememos á los armagnacs!

Y corriendo hácia el rio, llegó pronto á un batel que, cargado de heno y de paja, estaba amarrado á la ribera.

Su idea fué comprendida.

Una numerosa banda le siguió:

En un instante se llevaron heno y paja, los amontonaron delante de la puerta, y las llamas que se levantaron, pasaron de los pisos superiores.

Un cuarto de hora despues, cayeron con estrépito los inflamados restos de la puerta.

Rugiendo como un leon, Caboche se arrojó, bajando la cabeza, en aquel brasero.

Siguiéronle los mas intrépidos.

Y un combate terrible se empeñó en el patio.

Los cabochianos, lo mismo que una pared viviente, se echaban sobre las picas de los soldados, y de este modo, cada uno de los que caía, abría el paso à otro, que penetrando en las filas, hacia en ellas una espantosa carnicería.

Cada instante disminuía el número de los defensores del hotel, mientras que el de los asaltantes se hacía mas y mas considerable; porque el rumor de esta expedición se había corrido muy pronto en Paris, y de todas partes acudían nuevas bandas para tomar parte en la lucha.

Mientras que los Tiber, los Goys y los Sainctyon acababan de asesinar en el patio à los soldados que le habían defendido en vano, Caboche y los suyos penetraron en las habitaciones, matando, asesinando à los numerosos criados, hombres, mugeres y niños, defendiésen, ó no se defendiesen.

Por todas partes los muebles, las vidrieras, los objetos de arte volaban en pedazos.

Las telas ricas eran reducidas à girones ó echadas en las llamas, y de cuando en cuando, algunos de aquellos hombres, cubiertos de sangre, se esquivaban cardos de vasos preciosos, y de vagilla de oro y de plata.

El vino corría à arroyos en el patio, donde habían destapado toneles que sacaron de las cuevas, mientras que por todas partes resonaban los gritos de las gentes à quienes asesinaban.

—Hola, compañeros!—esclamó de repente uno de los Goys, que ya no tenía nadie à quien matar en su derredor,—no hemos venido espresamente à abrir las puertas à otros, y ya hemos trabajado bastante para ir al aposento donde está el dinero y tomar nuestra recompensa.

Hablar de oro à aquellos bandidos saciados de sangre y de vino, era echar aceite en un brasero ardiente.

—Sus! Sus!—gritaron lanzándose à una de las escaleras principales.

Y miradles recorriendo anchos corredores, vastas habitaciones y destruyéndolo todo à su paso.

Por fin, llegaron ante una puerta mas sólida que las que hasta entonces habían destruido ó derribado.

Ese era el lugar que buscaban.

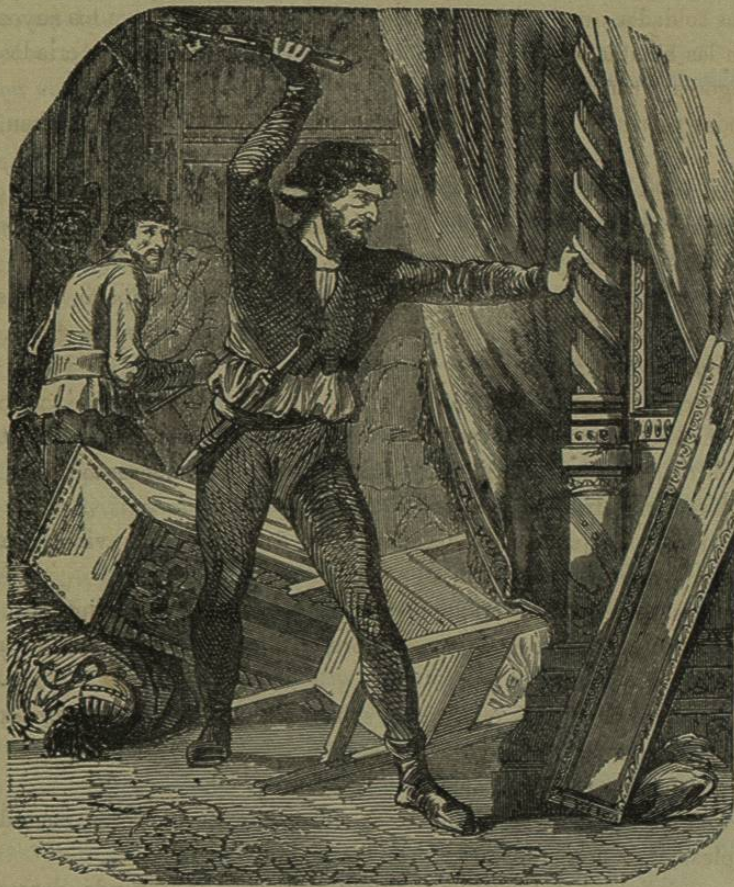
Allí era la tesorería en la que se habían encerrado los tesoreros, contadores y otros empleados de la administración de hacienda.

El hermano de los Goys que marchaba à la cabeza de la banda, descargó un terrible hachazo sobre aquella puerta, y el arma retachó sobre el hierro con que estaba guarnecida.

Al segundo golpe se rompió el arma; pero eso no sirvió mas que para escitar la codicia y la avidez de aquellos bandidos.

Comprendían que aquel lugar debía encerrar grandes riquezas, puesto que tan sólidamente se había asegurado la entrada.

Fueron à las piezas vecinas à arrancar de las rejas de los balcones unas barras de fierro con las que se pudiesen hacer palancas, y luego, veinte brazos vigor-



ellos unieron sus esfuerzos, y bajo aquella enorme presión, comenzaron à romperse las anchas piedras en que estaban incrustados los goznes de la puerta.

Los bandidos redoblaron sus esfuerzos y los goznes saltaron; la puerta cayó con estrépito, y dió paso à aquella horda de miserables, quienes se echaron en el interior lanzando ahullidos de alegría y gritos de muerte.

Inmediatamente asesinaron à los primeros empleados que cayeron en sus manos....

Luego cayeron sobre los cofres, cuyas cerraduras rompieron....

Todos estaban vacíos!.....

Entónces no conoció límites la rabia de los saqueadores....

En un abrir y cerrar de ojos asesinaron à todos los empleados que escaparon à sus primeros golpes.

Uno solo quedaba.

Era el jefe del tesoro, anciano septuagenario, llamado Marcelon.

Sentado en su ancho sillón de madera esculpida, con la frente levantada, la mirada tranquila, esperaba la muerte con calma, porque le parecía imposible escaparse de esos caníbales, y ya uno de ellos había levantado su cuchillo para herirle, cuando Goys le detuvo el brazo.

—Por el diablo! maese Mahut,—esclamó,—podriais hacer hablar à los muertos?

—Por mi alma que no soy ni quiero ser tan esperto en diabluras!

—Entónces, compañero, puedes decirme, si matamos à este viejo ladrón, quién otro podría decirnos donde están los tesoros de ese maldito armagnac el duque de Berry?

—Señor,—dijo el tesorero sacudiendo sus cabellos blancos, que flotaban sobre sus hombros,—que eso no os detenga, porque como habeis visto, no hay aquí mas que cofres vacíos.

—Bah!—hizo el Goys;—y en otra parte no hay cofres llenos? Eso es lo que nosotros queremos que nos digas, desollador de los pobres.

—No quieres nada, malvado, hierre si te agrada; suceda lo que suceda, no podrás quitar un gran número de días, à quien pronto no tendrá mas.

Goys enderezó todo su cuerpo.

—Oh! ladrón de los pobres,—dijo,—nada nos importa el tiempo que puedas vivir, sino hacer que tu vida y tu muerte, sean como las has ganado.

—Como querais, maese asesino,—dijo el anciano.

—No,—dijo el carnicero;—tu amo nos ha sangrado de tal modo por la escarcela, que debemos tratarle lo mismo. Conque ahora nos dirás donde están los dineros confiados à tu cuidado.

Marcelon miró al carnicero con desden, como si se hubiese preguntado:

—Sabe este hombre lo que dice?

—Vamos,—continuó Goys,—no necesitamos palabras.

—Y sin embargo,—repitió el tesorero,—no tenemos otra cosa que daros.

—Hijo de Satanás!—esclamó el carnicero,—vamos á quemarte á fuego tan lento que inmediatamente cantarás otra antifona. Sus muchachos, atadle piés y manos, y vamos á darle una gran fiesta.

El anciano habia dejado caer su cabeza sobre su pecho, y parecia seguir el hilo de un pensamiento, sin cuidarse de lo que pasaba á su derredor.

Cuando los bandidos iban á asirle, se levantó, y volviéndose al Goys, dijo:

—Escucha, he jurado no revelar lo que quieres saber, mas que á una sola persona, y eso en el caso de que corriese peligro de morir y despues de haber obtenido de ella la promesa de no hablar nunca. Pue bien, ¿quereis jurarme sobre los Santos Evangelios que nadie mas que tú penetrará hasta el lugar que deseas conocer?

—Por vida del demonio, no parece sino que le debo sumision y obediencia á ese viejo truhan, en vez de ser él quien ha de cumplir mis mandatos!...

—Callaré, pues,—repuso Marcelon, guardando siempre su calma y su sangre fria.—Puedes matarme desde luego; pero aun cuando fueras mas sábio y astuto que el mismo demonio, ni tú ni ninguno de los tuyos, habrian de dar nunca con aquel lugar, ni aun cuando destruyeras de arriba abajo este real alcázar, y removieras los escombros durante un siglo entero.

Goys reflexionó un rato, y luego dirigiéndose á los suyos:

—Muchachos! Este viejo perro del infierno, harà lo que dice, y entónces saldriamos mal; porque miéntras afuera nos servimos del cuchillo, los demas harán adentro tan buen botin, que ahora no podriamos coger mas que las paredes, lo cual seria una pobre pintura. Así, pues, haré á este condenado el juramento que pide, y de él os respondo con mi cabeza, en caso de que no nos satisfaga completamente, y cuando conozca yo el escondite, me manejaré tan bien que todos quedarán contentos.

Levantóse un murmullo de desagrado.

—Entónces,—replicó el gefe,—haced, si os place, asar á este viejo crudo, y comeoslo, puesto que no quereis banquete.

Los descontentos se apresuraban de nuevo à apoderarse de Marcelon para llevarle al patio donde ardian muebles y tapices, cuando fueron detenidos por uno de ellos, que no queria contentarse con una pobre pitanza.

—Compañeros,—dijo,—jamás los Goys han cometido latrocinio ni engaño, y en cuanto á esta caza del diablo, ya le atraparémos y le romperémos los huesos, si por su causa no hacemos un buen botin. Que Goys le jure como quiere, y de seguro que nos dará una buena y justa parte.

—Eso es hablar bien, muchacho,—respondió el gefe,—porque no quiero tomar mas que ninguno de vosotros.

—Ven, pues,—dijo Marcelon.

Y con paso firme se adelantó hácia la puerta, en medio de aquellos bandidos. Goys, con el cuchillo en la mano y pronto á herirle, le siguió de modo que no

puadiese escapársele, prometiendo volver pronto, y toda la banda se puso á registrar y à destruir el resto de los muebles, y á desnudar á los muertos, esperando otra cosa mejor.

Marcelon bajó al patio, y siempre seguido de cerca por el carnicero, se dirigió á la principal de las capillas que el duque de Berry habia hecho edificar á gran costo en aquella residencia, segun hemos dicho mas arriba.

—Escucha,—le dijo Goys cuando estuvieron cerca de aquel santo lugar,—si crees escaparte poniéndote bajo la proteccion de Dios, no necesitas tomarte ese trabajo; porque aun cuando para eso fuera necesario dar mi parte de paraiso, te haria pedazos sobre el altar mayor, si no nos satisfacieras completamente à mí y à mis compañeros.

—Promesa es deuda,—replicó el anciano,—y no es à tí à quien conviene recordárselo el hombre de bien.

—Es decir que me llevas al lugar donde están los dineros del armagnac?

—Maese ladron, te precisa tanto robar, que ya no te acuerdas de nuestro convenio?

—Despachemos, pues, porque estas cosas deben hacerse pronto.

Marcelon entró en la magnífica capilla, para cuyo adorno desplegó toda su magnificencia el duque de Berry.

Allí, en los escalones del altar mayor, estaban arrodillados el gran limosnero del príncipe, y los otros diez capellanes.

“Delante del tabernáculo abierto, unos hermosos ángeles de oro tenian ciriales “de plata á los lados de un gran crucifijo de marfil y de oro, enriquecido con “rubies y con zafiros.”

La santidad del lugar habia salvado todas aquellas riquezas, así como los vasos sagrados, todos de oro, y los hermosos relicarios adornados con pedrería de gran precio.

Los saqueadores sabian bien que el oro y la plata resplandecian por todas partes bajo aquellas bóvedas sagradas; pero entónces era tal el poder de la religion y los preciosos efectos de la fé, que aquellos hombres que asesinaban sin piedad á los fieles servidores del príncipe, y para quienes el pillage y el incendio solo eran pecadillos, no se habian atrevido á tocar ni un cabello de aquellos sacerdotes, y ninguno de ellos habia tenido la audacia de poner los ojos en los vasos sagrados, ni de tocar siquiera ninguno de aquellos suntuosos adornos de aquel magnífico templo.

El mismo Goys no habia dicho mas que una fanfarronada amenazando al tesoro con asesinarle en aquel santo lugar; porque apenas penetró en él, cuando bajó los ojos y dejó caer su cuchillo ensangrentado, de manera que su víctima pudo escapársele fácilmente.

Pero Marcelon lo habia dicho.

Para él, una promesa era una deuda; y ademas, como vamos á ver, tenia su proyecto.

El anciano se adelantó al gran limosnero, y dijo inclinándose profundamente: —Padre mio, á fin de que en este momento supremo, tengamos la felicidad de no ofender á Dios Nuestro Señor, ultrajando la verdad ó faltando á nuestras promesas, os suplicamos que recibais el juramento de este hombre, sobre los santos Evangelios.

El limosnero levantó la cabeza y clavó su vista en el carnicero, quien de pie cerca de la puerta, parecia muy molesto por su situacion, y que ya habria renunciado á su parte de botin para estar léjos de allí, si este sacrificio hubiese podido absolverle para con sus compañeros.

Marcelon refirió inmediatamente al sacerdote lo que habia pasado, y despues de haber añadido á esta narracion algunas palabras en voz baja, hizo seña á Goys de que se acercara.

En uno de los lados del altar estaba abierto el libro de los Evangelios, porque los capellanes no habian descuidado nada de todo lo que pudiera imponer á la multitud.

—Alzad la mano y estendedla sobre ese librosanto,—dijo el sacerdote.

Goys temblaba; y un sudor frio corrió sobre su pálida frente, cuando al levantar la mano vió que estaba manchada con sangre.

—Querido hermano,—le dijo el limosnero, que conoció su situacion,—este seria el momento de arrepentiros aquí, y de pedir perdón á Dios que nos mira y que os escucha.

Poco faltó para que el carnicero cayera sin sentido; pero al pensamiento de sus compañeros y del compromiso que tenia con ellos, hizo un esfuerzo y cobró un poco de ánimo.

—Despachemos,—dijo,—la misa y la batalla no pueden permanecer tan cerca.

—Padre mio,—dijo el limosnero,—para lavar semejante conciencia se necesitaria mucho tiempo, y no hemos tenido tiempo de daros este encargo.

Y dirigiéndose á Goys, continuó:

—Juras delante de Dios, por tu salvacion, no descubrir á nadie el lugar donde hemos prometido conducirte?

—Lo juro y empeño mi fé,—dijo el carnicero con una voz alterada y que revelaba la turbacion de su espíritu y la violencia que se hacia para aparentar resolucion.

Marcelon se prosternó, hizo una corta oracion; luego se levantó, y se dirigió hácia la puerta.

Goys, siguiéndole, levantó el cuchillo ensangrentado que habia dejado caer, y recobrando toda su energia y su ferocidad de bandido, á medida que se alejaba del altar, empujó violentamente al anciano hácia fuera.

—Harias mejor en matarme,—le dijo Marcelon,—porque así cumplirias tu compromiso sin sufrir una gran pérdida.

—No razones y apresúrate, ó por la muerte de Dios que te haré pagar caro todo este tiempo perdido.

—No te faltará tiempo suficiente para acabar de condenarte.

—Ah! si no fuera por disgustar á mis compañeros, te volveria con este cuchillo esas palabras á la garganta.

—No te arrepientas. El duque no seria mas pobre por eso; y me ahorrarás una terrible prueba.

Goys le empujó de nuevo; pero no se atrevió á herirle.

—No tengas tanta prisa,—le dijo el anciano, á quien no daba miedo nada;—porque en el camino que vamos á seguir, necesitamos hacha ó antorcha.

El carnicero, que ardia de impaciencia, corrió hácia un hombre ocupado en dar fuego á un monton de muebles rotos.

Le quitó la antorcha de que se servia, y volviendo como un relámpago junto al anciano, le dijo picándole los riñones con la punta de su cuchillo:

—A caballo reacio no deben faltar espoleadas. Marcha ahora, ó nos divertimos.

Marcelon sacó de debajo de sus vestidos un manojo de llaves, cogió la antorcha que le presentaba el bandido, y atravesando el patio entró en una larga bóveda, á cuya estremidad se detuvo delante de una pequeña puerta.

—Si ahí están los dineros,—le dijo,—has mentido diciendo que eran difíciles de encontrar.

—Quieres romper el contrato?—preguntó el tesorero, que acababa de abrir la puerta.

—No; pero conociendo ya el camino, no dejaré de clavarte contra la pared y dejar que ahí te pudras.

—No te apresures á hacerlo; porque no hay guia que en cien años te pueda llevar á donde quieres ir, aun cuando ya hubieras andado las tres cuartas partes de tu camino.

A estas palabras, el anciano bajó lentamente una escalera de caracol que parecia hundirse en las entrañas de la tierra.

Goys le seguia en silencio.

Pronto llegaron á una sala subterránea, absolutamente desnuda, y que parecia no tener otra salida mas que por donde habian entrado.

—Qué tenemos que hacer aqui?—preguntó el carnicero, sondeando con su cuchillo las paredes infiltradas de una vinosa humedad.

—Vas á verlo,—respondió Marcelon dirigiéndose rápidamente hácia el fondo de la sala.

Goys, pensando que queria escapársele, se lanzó tras él, y le alcanzó en el momento en que, habiendo introducido una de sus llaves en una especie de intersticio, el anciano hacia rodar sobre sí misma una puerta de piedra, que, cuando estaba cerrada, no dejaba sospechar su existencia.

—Si tienes miedo,—dijo Marcelon,—yo no te obligo á seguirme.

—Anda! Anda! Los carniceros han hecho y harán ver que no conocen el miedo.

Recorrieron un nuevo corredor, al cabo del cual se abrió otra puerta de pie-

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA
U. A. N. L.